

CELA Y LA HOMOSEXUALIDAD **La homosexualidad como opción sexual,** **a través de los testimonios y la obra literaria de don Camilo**

Ángel Hernández Expósito
Universidad Camilo José Cela

Resumen

La sexualidad y la muerte son dos temáticas generalmente presentes, con mayor o menor protagonismo, en la literatura de Camilo José Cela. En este artículo abordamos la primera, en una de sus vertientes: la homosexualidad. De una parte, la actitud del escritor ante los homosexuales, dentro del contexto sociocultural del momento histórico en que tuvo lugar la mayor parte de su producción literaria; de otra, el análisis de los personajes que, en sus obras más significativas, manifiestan, más o menos abiertamente, esa opción sexual.

Palabras clave

Camilo José Cela, opciones sexuales, homosexualidad, homofobia, lesbianismo, colectivos gay, reivindicación sexual

Abstract

Sexuality and death are two elements which are usually present, to varying degrees, in the literature of Camilo José Cela. This article deals with one aspect of the former: homosexuality; firstly, the writer's attitude towards homosexuals within the sociocultural context of the era when he produced most of his work; and, secondly, an analysis of those characters in his most important works who exhibit, whether openly or furtively, this sexual option.

Keywords:

Camilo José Cela, sexual orientation, homosexuality, homophobia, lesbianism, gay groups, demands for sexual freedom.

1. Contexto sociocultural

‘Salir del armario’ es una expresión de reciente factura que expresa plásticamente la liberación que para el individuo homosexual significa abandonar la marginación y el ostracismo, cuando no la consideración de delincuente. La ley de vagos y maleantes no hace tanto que se aplicaba a los homosexuales en nuestro país.

Para el individuo –también para su familia y entorno más próximo– el amaneramiento y la manifestación de actitudes feminoides suponía una desgraciada jugarreta del destino, una especie de baldón que había, en la medida de lo posible, que ocultar. Experimentar tendencias homosexuales significaba para quien las ‘sufría’ una cruz que le acompañaría sin remedio a lo largo de su vida. La sociedad, en el mejor de los casos, lo consideraba una especie de enfermedad crónica, asimilable a las discapacidades que algunos pobres desgraciados se veían obligados a sobrellevar sin remedio; pero de la que, a diferencia de éstas, la sociedad no estaba dispuesta a tolerar cualquier manifestación. Y decimos ‘en el mejor de los casos’, porque lo habitual era considerar la homosexualidad como una forma de vicio culpable y al homosexual un degenerado indeseable.

Palabras y expresiones con que señalar y denigrar a gays y lesbianas, muchas: maricón, sarasa, culebro, bujarra, mariposón, tortillera, chanclera, cachapera... El hecho de considerar a alguien como ‘de la acera de enfrente’, signo evidente de la marginación social a que la sociedad lo relegaba.

Hoy las cosas han cambiado. La homosexualidad se admite y respeta como opción sexual del individuo, y las leyes censuran y condenan con severidad la homofobia. Pero no podemos perder de vista que buena parte de la producción literaria de Cela se sitúa en un contexto social generalmente homófobo. No habrá de resultar por ello extraño el tratamiento frecuentemente ofensivo que el individuo homosexual, hombre o mujer, recibe por parte de los personajes con quienes convive o se cruza, y las reflexiones nada tolerantes y en absoluto reivindicativas que al respecto se vierten. Sí anticipamos que la mujer sale, por lo general, mejor parada que el hombre.

2. La actitud de don Camilo

De inicio, la actitud de Cela ante la homosexualidad es, como corresponde al momento histórico y a la sociedad en la que vive y desarrolla su actividad como escritor, de rechazo. La opinión sobre los homosexuales, de curiosidad, extrañeza y aceptación forzosa, como se refleja claramente en estas palabras suyas: “No los entiendo, pero están ahí”.

A pesar de que quiere mostrarse liberal, no consigue evitar la vena homófoba que a él, como a la mayor parte de los españoles de entonces, le corre por la sangre. Así se trasluce de la entrevista con Cueto y Abad Contreras; se muestra abierto a cualquier nueva idea o perspectiva, capaz de probarlo todo, de analizar las situaciones poniéndose en la piel del otro en cualquier circunstancia... excepto –esto resultaría realmente difícil, por no decir imposible– en la de un homosexual: “Ya les he dicho que yo pienso que el hombre es un poliedro, que no tiene una única cara sino muchas facetas con sus muchas aristas y que, además, yo no renuncio a nada, que me interesa todo, en mayor o menor medida, aunque a veces es en una mínima medida. Creo que lo único que no he hecho en esta vida es ser maricón, se ve que en mi familia no se da”.

En sus obras no obvia la presencia de homosexuales; aunque, a decir verdad, estos no suelen salir bien parados. “Cela ha tenido siempre –comenta García Marquina– una gran curiosidad por las formas atípicas, marginales o singulares de la sexualidad, especialmente de la homosexualidad masculina y en sus páginas aparecen sarasas, bujarrones y maricas, siempre como seres poco recomendables”. En ‘Los que entienden’, de *El camaleón soltero*, habla de ellos como de “caracoles lentamente cocidos en su propia baba”, y en ‘El muermo rosa’, de la misma obra, les dirige expresiones realmente ofensivas: “El muermo rosa ataca por igual a clérigos que a seglares y militares [...] si el sida no le pone arreglo, acabarán los atacados de esta insólita dolencia pidiendo el oro y el moro desde su cuartel general de Marraquech...”

Algo que Cela no podía aceptar eran los eufemismos con que se trataba de disfrazar una realidad que en castellano se designa muy claramente con un término: ‘maricón’, que, como académico, defendía por más propio y genuino. Lo consideraba más apropiado que la utilización del sintagma ‘homosexual masculino’: “Es costumbre –leemos en ‘Una neumonía peculiar’, de *El juego de los tres madroños*– llamar homosexuales a los maricones, lo que induce a error, puesto que también lo son las lesbianas”.

A tenor de lo dicho, sorprenden estas palabras, en las que Cela se manifiesta claramente en contra de la discriminación social y la persecución a que los homosexuales se veían injustamente sometidos. Tengamos en cuenta que la cita es de *Oficio de tinieblas 5*, obra datada en 1979, y que ya para entonces estábamos en plena Transición: “la discriminación entre heterosexuales y homosexuales no pasa de ser un arbitrio policiaco no válido sino en los usos de los países atenazados por la crueldad administrativa”.

Si los homosexuales no gozaban de la simpatía de Cela, menos aún las formas de reivindicación de los llamados colectivos gay, el modo en que habían pasado, iniciada la Transición política, de un extremo al otro, del ostracismo y la marginación a hacer alarde de su condición. Menos aún los grupos mafiosos que buscaban relegar a los ‘heteros’, en una reivindicación igualmente inaceptable. “Le inquietaban los homosexuales

–comenta García Marquina- por los colectivos en los que habían logrado organizarse para salir de la oscuridad y luego resarcirse formando mafias que fueran copando los puestos claves de la sociedad”. Algo semejante a lo que le ocurría con las reivindicaciones feministas. Se sentía agredido, con la sensación de que “iban a por él”, que le atacaban en bandada.

Tampoco transigía con el matrimonio entre homosexuales, pues consideraba aquel “una institución inventada para meter un poco de orden en eso de la procreación” y propio, por tanto, de individuos heterosexuales. Reivindicar tal posibilidad por parte del colectivo gay no era, en opinión de Cela, sino una forma de resarcirse, de alcanzar con la constitución de la familia uno de los bastiones fundamentales de la sociedad, para acabar demoliéndolo, en un futuro más o menos próximo.

En consecuencia, tampoco se mostraba partidario de la adopción de hijos por parejas homosexuales. Su declaración en *El color de la mañana*, tan rotunda como ausente de argumentos, supone una oposición frontal que no espera réplica: “Se les iba a permitir adoptar nenos para poder adiestrarlos desde pequeñitos en el hábito de tomar por retambufa”.

En torno a la homosexualidad y a los criterios de Cela al respecto, hay una cuestión que no debemos ni queremos obviar: la afeción o desafección que pudo sentir y, fundamentalmente, manifestar, en torno a la condición sexual de Federico García Lorca. En cierta ocasión escribió que “Lorca es uno de los seis u ocho grandes poetas españoles, pero no por ser homosexual, sino a pesar de ello”. Ni que decir tiene que se organizó un verdadero revuelo, pues la interpretación periodística fue la de un claro rechazo de Cela hacia el escritor por su condición sexual. Queremos entender justamente lo contrario: que esta condición no fue capaz de enturbiar, en ningún caso y a pesar del rechazo social generalizado hacia los homosexuales en su época, la calidad personal, intelectual y artística del poeta granadino.

Parecido escándalo se siguió a las declaraciones de Cela tras una conferencia que pronunció, en el verano de 1998, en el colegio SEK de Pontevedra. Los periodistas le preguntaron si el día en que se cumpliera el centenario de su nacimiento le agradaría recibir un homenaje semejante al que recientemente, en junio de ese mismo año, se había rendido a Lorca. La respuesta fue que, entre otras condiciones, pedía la no intervención de colectivos homosexuales. La pregunta era obligada: ¿Qué tiene usted contra los homosexuales? Y la respuesta, expeditiva: “Contra los homosexuales no tengo nada, ni a favor ni en contra. Me limito a no tomar por el culo”. Evidentemente, Cela no había querido poner veto alguno a la participación de nadie que se sintiese interesado en homenajearlo, fuese cual fuese su condición social. Lo que quiso poner de manifiesto una vez más fue su aversión total hacia los colectivos gay y sus intempestivas formas de reivindicación.

Nada mejor para poner de manifiesto el respeto que Cela sentía por Federico, que estas palabras del escritor gallego en 'Denuncia de una necedad', de *El color de la mañana*: "En Granada, la dura tierra en la que nació y murió de forma alevosa, estúpida e impolítica Federico García Lorca, uno de los más grandes poetas de nuestra historia literaria, no hay un solo recuerdo estimable de su nombre ni de su figura..."

3. La homosexualidad en la literatura celiana

Nos proponemos ahora analizar las referencias a la homosexualidad en la obra de don Camilo. Puesto que dada la extensión y complejidad de esta se impone una acotación, nos limitaremos a diez de las catorce obras consideradas como novelas mayores –en las cuatro restantes no encontramos referencia digna de mención-, que van de *La familia de Pascual Duarte* a *Madera de boj*, y que quedan reflejadas en la bibliografía relacionada al término del artículo.

3.1. Homosexualidad masculina

Comenzaremos el análisis por las ocasiones en que se hace referencia a la homosexualidad masculina: los casos en que personajes sin clara definición sexual dan muestra de afectación feminoide; las situaciones en que se les presenta como manifiestamente homosexuales; la explicitación –en ocasiones de dudoso buen gusto- de las relaciones mantenidas; las referencias a la dificultad de integración; el evidente rechazo de su entorno más próximo y las vejaciones a las que llegan a verse sometidos. Casos de lesbianismo, menos frecuentes, también se presentan y los analizaremos con posterioridad.

En varias de las obras analizadas aparecen personajes que, sin presentar clara orientación homosexual, manifiestan formas, gestos y actitudes más próximas a las condiciones físicas y sensibilidad femenina que a las generalmente presentes en el varón. Don Celso Camino, por ejemplo, personaje de *Madera de boj*. Sibilinamente el narrador comenta de él que "le hubiera gustado escribir 'La dama de las Camelias', lo que no es de maricones, lo parece a primera vista pero no es de maricones". "¿Quiere usted que nos tiñamos con cachumba" –se pregunta en *El asesinato del perdedor*- "la conciencia del sarasa de Arquimbandio?" A lo que el presunto interlocutor responde: "-Pues, hombre, no, no sabría decirle... el Arquimbandio me parece buen muchacho, un poco lila, eso sí, pero fino de sentimientos". También en esta obra se habla de don Ambrosio Bartolomé Arcenillas, el 'Diligente', que "canta en el coro de la parroquia, no baila el cha-cha-chá, le falta ritmo y quizá adecuación hormonal". Y se advierte: "cuando las hormonas hacen la guerra por su cuenta, esto es, cuando no se adecuan al fin previsto, ¡malo!". En *Cristo versus Arizona* encontramos a Clem Krider, del que se comenta: "sabe jugar al billar pero para mí que es más bien culebro, tiene unos andares muy comprometidos". Y,

en consecuencia, “a ti no te va a servir de mucho, Lupita, no creo que tenga a punto las predisposiciones”. Para el narrador de *Oficio de tinieblas 5*, Georges Laffitte “no era tan hondo y sabio pozo de inmundicia como la mujer, aunque en cierto sentido sí se adivinaban en él hábitos afeminados”. En *Historias de Venezuela* se presenta al licenciado Zorobabel Agüero, hombre de maneras un tanto afeminadas y de quien comenta don Job a la Catira que “paece mesmamente una putita europea, toíto engringolaíto, toíto vitoquito, toíto recién lavao y aplanchoao y perjumao...”. Y don Job acaba cargando las tintas y dejando al descubierto su homofobia: “¡Ah, qué tronco e marico entrometío, Catira!”.

Lazarillo de Tormes recuerda, del tiempo en que vivió en su pueblo, a don Roque Sartén, judío descendiente de conversos. “Algunos, los más lenguaraces, aseguraban que tenía voz de flauta porque no era como Dios mandaba y como eran todos los hombres, sino espadón y acaponado, como gato que fue travieso o potro que anduvo desasosegado”. El pícaro protagonista no está seguro de la condición sexual de don Roque y de que las actitudes de éste dieran pie para salir de dudas al respecto. “Lo que de verdad hubiera en la voz del pueblo –piensa– es cosa que no tuve ocasión de averiguar; cierto es que las mozas no le preocupaban, pero no menos cierto es que podía muy bien ser virtud lo que las gentes achacaban a defecto”. Y da muestras de buen juicio y sano criterio cuando concluye: “Después de todo, y como aquello a mí no me importaba, dejé que siguieran diciendo y a nadie hice maldito el caso”. Y de don Serafín Serrano, un confitero que era concejal y que cortejó un tiempo a la madre del pícaro, comenta: “parece que bien libre está de ser mi padre, ya que si hemos de hacer caso de rumores, el pobre no metía ni sustos y se dedicaba a regalarle yemitas a mi madre porque se dejase palpar por el escote”.

Si de los personajes que anteceden cabía duda sobre su orientación sexual, en los que presentamos a continuación la homosexualidad es manifiesta.

En *Historias de Venezuela* descubrimos al “marico” Aquiles Valle, que al observar al peón Gilberto Flores dice para sus adentros: “Un peoncito catire. Tenía las carnes tibias. Tenía los ojos grandes. Tenía la boca dulce. Tenía la cintura estrecha. Tenía los brazos fuertes. Tenía el pecho latidor. Tenía las piernas largas. Tenía las carnes duras. Tenía el trasero virgen. ¡Ay, amor, cómo tenía el trasero!”. Matifitas, de *San Camilo 1936*, es “un marica decente, él responde de la decencia, lo de marica le vino solo como el bigote que empieza a salir a los muchachos, un marica amargo y sin verdadera vocación, un marica a la fuerza y a contrapelo [...] Le gustan los hombres, como a las mujeres o como a los maricones, pero le gustaría que no le gustasen los hombres, como a los hombres, a las tortilleras y a las maricas viciosas [...] No le gustan las mujeres, no llega a marica viciosa, a marica tortillera, se queda antes, pero le gustaría que le gustasen las mujeres como a los hombres o al menos como a las tortilleras”. De don Fausto se comenta que

“si se dejase don Rogelio aún podría volverle a sonreír la existencia”. *Oficio de tinieblas 5* habla de “los ratones negros de la experiencia noruega”, y dice de algunos que “cuando se les constriñe el horizonte dejan de amar a la hembra que puede parir los hijos que ya no caben y se desexualizan igual que monjes castos y algunos otros se homosexuallizan como poetas líricos o guerreros históricos”. Y de los que eufemísticamente llama “sesudos varones”, que “para dar suelta a su libido estupefacta se solazan con el anecdotario del tubo digestivo haciendo muy especial hincapié en su terminal periférico el rugoso esfínter del ano siempre y cuando conserve sus pliegues y no adopte forma de embudo”.

Dos personajes de *La Colmena*, ya ‘maduritos’, el señor Suárez, la ‘Fotógrafa’, y Pepe, el ‘Astilla’, no ocultan su relación homosexual. En cierta ocasión, Suárez solicita las atenciones de su compañero: “-Oye, Pepe, ¿me compras una flor? Quiero que me compres una camelia roja; yendo contigo conviene llevar el cartelito de prohibido...” Y Pepe, tras sonreír muy ufano: “-Póntela en la solapa.” “-Donde quieras”.

En *Madera de boj* tiene su gracia el letrado que la heredera de Mariquito, hijo de Mariquita y dueño de la ‘Cafetería Mariquito’, colocó en la puerta cuando, a la muerte de aquél, heredó el establecimiento: “Mariquito nunca fue maricón”.

Si algo puede resultar chocante es un bandolero maricón, como el que aparece en *El asesinato del perdedor*. Aunque, al parecer, le hace al pelo y a la pluma. “En sus temporadas de homosexual tiene amores con un fabricante de yogur, muy bizco, que criaba gusanos de seda por afición”. Cuando éste comenta su interés por descubrir el nombre científico de los ejemplares que cultiva y el bandolero le sugiere que consulte en una enciclopedia, responde: “-No sabría qué decirle, me da como reparo. ¿Usted cree que un maricón debe consultar las enciclopedias?”. La respuesta del bandolero, decidida, quiere alejar de su pareja la menor reserva: “-¡Naturalmente! ¿Por qué se deja usted zarandear por los prejuicios? ¡Levante el ánimo! ¡Los maricones se desenvuelven muy bien entre libros!”.

Es en *El asesinato del perdedor*, donde encontramos la mayor frecuencia de varones homosexuales. El “epistolario amoroso de un determinado juez con cierto ex capellán castrense y hoy capellán de monjas pobres”, hubiera sido motivo de escándalo de haber decidido publicarlo miss Mary Tavistock, autora de ‘Las dudas de la soledad’. También está próximo al clero uno de los protagonistas de la relación mantenida por el dueño del café ‘El tigre de Cobre’ con “el capellán, mejor dicho –corrige prudentemente el relator–, con el sacristán del Perpetuo Socorro”. Tremendos los exabruptos que aquél le dedica a éste, cuando decide romper la relación amorosa que ambos mantienen: “-¡Largo de aquí, vicioso repugnante! ¡Váyase usted a donde le fíen los helados de frambuesa, que a mí me tiene ya escarmentado! ¡En este establecimiento ni se fía

ni se admiten muertos de hambre y además está reservado el derecho de admisión!". El explorador Pío Nono Powell se casó en Rotterdam con el gurka Melitón Phillips. Melitón, al que algunos llamaban 'Baltasar Powell el Castigado', "un judoca herbívoro de digestión lenta, que ni estaba arruinado ni era condescendiente con nadie ni con nada". Don Adelfo sisaba a los tres hermanos Méndez, de quienes era administrador, "para comprarle bibelots y bombones a Mr. Ted Carew, que era complaciente, sí, pero también caprichoso, muy caprichoso". A los monjes del monasterio de Ivron, el menos riguroso de todos los cenobios del Monte Athos, según le contó Catulo Vukovar a su bujarrón Veljko Split, "se les fue la mano y abrieron las puertas al sida". La monja Rita Okukani preguntó: "¿La puerta del sida es el ojete?" Y monseñor Ladislaus, el gran preboste, le respondió: "La caridad aconseja suponer que no tan sólo. Con la caridad, el enfermo es sano; sin ella, el sano es enfermo". Y "Charles Webb, el maricón, murió de frío en la cárcel de Soria".

En *Cristo versus Arizona*, Ted vive "cuidando a su maricón viejo y rico"... Y en *Oficio de tinieblas 5* leemos que "los sexos de signo contrario se atraen y los sexos del mismo signo también se atraen", y se recuerda que los atletas griegos combatían en la palestra y se amaban en el androceo.

Junto a la serie de personajes varones de manifiesta homosexualidad, la descripción de las relaciones que mantienen con otros individuos de su misma opción sexual. Relaciones que van desde el juego erótico a la sodomización y que son descritas con total desenfadado.

En *El asesinato del perdedor* se comenta cómo los maricones del contorno, liderados por el enano Hans Schofshofen, ex capitán de las SS y profesor de violín, se reunían en la taberna La Ballena en Enagua, "a hablar de sus cosas y a darse sus sobos". Se dice de André de Montbard, que "era como un Apolo" y que "todos los jefes querían darle por culo pero él no se dejaba". Interviene un personaje al que "le gustaría morir en un balneario no demasiado cómodo y que los agüistas le fueran comiendo entre horas. -¿Crudo? -Sí, al principio sí, después ya importaría menos". Y se recuerda que "los caballeros templarios, como eran maricones, homointelectuales, homosentimentales, homoespirituales, podían follarse a Felícula de Valois sobre el heno del pajar sin que les diese urticaria".

Adoro Frog Allamoore, personaje de *Cristo versus Arizona*, practicaba una curiosa forma de onanismo homosexual: "se tumbaba boca abajo y se ponía un poco de miel en el ano para que las moscas le diesen gusto". En *Oficio de tinieblas 5* se describe cómo "los ancianos ciegos daneses en visita a los museos de Italia leen el Kamasutra y por el método del braille se solazan unos con los otros en grupos reducidos", hasta que la abuelita les interrumpe con un silbato "cuando ya el amor empieza a temblarles en la

yema de los dedos y el alma se les estremece a tientas". Se invita a escuchar el immoderado discurso de Cátulo: "invítame a echar la siesta contigo, después de comer me tiendo en la cama y boca arriba atravieso la túnica con el falo predicaré con vosotros y así probaréis mi virilidad aurelio bardaje y furio puto, ambos sucios sodomitas pasivos [...] bien se avienen los homosexuales mamurra el catamita y César el bujarrón, bien se avienen en el mismo lecho los desvergonzados invertidos no más voraz adúltero el uno que el otro". Y se comenta la original 'cuaresma' protagonizada por el verdugo y el hombre vestido de pierrot: "incesantemente hostigados por el alma en pena de Jerónimo Cardan, que gozaba en el sufrimiento y veía en la tiniebla, se pasaron cuarenta días y cuarenta noches bebiendo y cantando y haciéndose el amor por los solares y en la cochera de los autobuses".

Detallada y cuasi pornográfica, la descripción que en *Cristo versus Arizona* se hace del encuentro entre Anicet, el ladrón de ganado, y David Alle, el escribiente, y del trágico desenlace de esta relación. "Si quieres –le dice Anicet a David- te llevo una botella de whiskey a tu casa y nos la bebemos juntos y nos tocamos, los dos amigos empezaron a beber y cuando se les fue la primera vergüenza se quitaron el pantalón y se acariciaron y se sobaron el uno al otro, qué gusto me das Rolando, loca, déjame acariciarte el Don Panchito, después se desnudaron del todo, Anicet en pelota daba risa porque su pija era de color morado y no tenía un solo pelo en todo el cuerpo, y tú David, tú también me das mucho gusto eres la marica más puta que conozco, restriégame el badajo por el fuchi fuchi, pellejona, Anicet se la chupó a David pero al revés no, David era muy mirado y aprensivo... Anicet empujó a su amigo al gallinero, lo arrastró hasta el gallinero y allí se la siguió chupando hasta dejarlo casi desmayado, después lo mató de muchas cuchilladas y sin darle tiempo ni a gritar".

3.2. Lesbianismo

Paralelamente a lo que hemos observado respecto de la homosexualidad masculina, encontramos secuencias protagonizadas por personajes femeninos de rasgos varoniles o con cierta atracción hacia su propio género, aunque sin declarada opción homosexual, y mujeres manifiestamente lesbianas –en algunos casos con explícita descripción de sus juegos eróticos.

"Hay quien dice que a doña Rosa –dueña del café 'La Delicia' en *La Colmena*- le brillan los ojillos cuando viene la primavera y las muchachas empiezan a andar de manga corta. Yo creo que todo eso son habladerías". En *La cruz de San Andrés* aparece Ofelita, "menuda y muy graciosa, con la nariz respingona, las tetas no grandes pero sí descaradas y el culo saltarín y apetitoso...; tenía el pelo castaño oscuro y se pintaba poco, y como era de aspecto aniñado quedaba muy bien". Parece que algunos dudaban de su feminidad, y ella misma se anticipa a cualquier comentario: "Nadie debe creer que soy

lesbiana, estoy harta de las apreciaciones aproximadas". También, Guillermina, "a quien es probable que le gusten las mujeres". Dorothy, de *Madera de boj*, "no era lesbiana, le faltaba voluntad, aunque algunos lo pregonaran sin mayor respeto". "Que Dios me perdone -comenta el narrador-, pero para mí que a Dorothy le gustan las mujeres, a lo mejor no puede evitarlo". No salen muy bien paradas las lesbianas en este comentario de *La cruz de San Andrés*: "no perfeccionan sus naturales inclinaciones hasta que persiguen mujeres bellas y tontas, sólo entonces podrán darle la vuelta al sexo de su cabeza como a un calcetín".

Micaela Ronneby, de *El asesinato del perdedor*, "preconizaba la identidad metafísica de los sexos". "Lamento no haber accedido- le decía al demonio tan pronto como llegó al infierno-, porque Micaela parecía muy amorosa". A propósito de Juana de Arco se plantea en la misma obra: "¿Usted cree que la doncella de Orleans era medio virago? -Sí, yo creo que sí. A mí estas mozas bélicas y misteriosas me hacen poca gracia, me parecen cabos del cuerpo de carabineros".

Hay mujeres de sexualidad ambigua, como Adela, personaje de *Mazurca para dos muertos*. A pesar de ser hermana de Georgina, no se parece a ésta, "salvo en la inclinación al vino, la afición al tabaco y la propensión al catre. [...] -Cómo me gustaría ser hombre -dice Adela a su hermana- para bailar el tango maltratando". "Mis primas, dice Moncho Requeixo, primo de Adela y Georgina, a veces bailan el tango con la señorita Ramona y con Rosicler, la de las inyecciones, y mi prima Georgina, cuando se calienta, le pide permiso para desnudarse. ¿Me puedo sacar la blusa? Haz lo que quieras. ¿Me puedo sacar las bragas? Haz lo que quieras. ¿Te gusto, Moncha? Cállate, puta, y tumbate en la cama. ¿Apago la luz? No. Moncho aflauta un poco la voz cuando cuenta el diálogo entre las dos mujeres. -Qué raras son las mujeres, ¿verdad, usted? -Hombre, según".

Otros personajes femeninos pueden considerarse bisexuales, como Amanda Ordóñez, de *San Camilo 1936*, "que no es tortillera, quede claro, pero que hace a pelo y a pluma". Bisexualidad que en *Oficio de Tinieblas 5* se manifiesta en la madre de 'tuprimo', que tiene su "amante" femenina; 'tuprimo', sabedor de esta condición, "es muy complaciente con su madre y le ofrece a la novia para que ambas se amen con estupor y con violencia". Como cabe suponer, la novia de 'tuprimo' es lesbiana, lo que -por extraño que pueda parecer- a él, que "se acuesta con su novia en la cama de las frustraciones", donde juntos "se dan calor e intercambian besos, le resulta cómodo y reconfortador".

Madame Ernestine y madame Belinda, de *Cristo versus Arizona*, son chancleras, es decir, lesbianas. "Ahora es frecuente -se dice a propósito de esta opción sexual- que las mujeres echen tortillas como si tal y gocen juntas haciéndole una higa a la buena voluntad del hombre, la que se expresa con el rabo duro".

Es sabido que la griega Safo, poetisa de la isla de Lesbos y fundadora de la 'Casa de las Musas', se enamoraba de sus discípulas y mantenía con ellas relaciones amorosas. De ahí, el 'lesbianismo'. Repetidas veces encontramos en *Oficio de tinieblas* 5 referencias a este símbolo del amor lesbiano. "safo, la aguerrida poetisa del clítoris de iridio que atemorizó a nabucodonosor a ciro y a los profetas ezequiel y jeremías gobernó desde la isla de lesbos a toda una pleamar de musas prometeo de musas albinas de musas confitadas que avanzaron sembrando el luto en aguas de las fuentes públicas [...] todos los siglos se sucedieron sumando siglos y más siglos y hoy safo y su cohorte de musas perfectas gobiernan bares prostíbulos y funerarias y atemorizan las ciudades con su grito de guerra su aullido monocorde". "En tu auxilio puedes invocar a safo y a su escuadrón de dóciles tribaditas amaestradas que obedecen a ciegas"; "en la isla de lesbos safo y sus compatriotas lesbianas aplastan los gusanos entre dos piedras para deshacerles su horrible forma y los arrojan después por el acantilado de petinós para que sirvan de consuelo a los marineros y a las sirenas"; "safo componía versos al clítoris propio reflejado en el espejo de la fuente y el mirar de la amada y al clítoris ajeno que se brindaba como una dulce uva". Esta mujer, decididamente lesbiana y por lo que se ve poco atractiva, no pudo soportar el desaire de un joven marinero, y la decepción la llevó al suicidio: "safo era peluda y de corta talla y no consumó su matrimonio porque la presencia de cercolas en el marido le producía náuseas amó a su corte de jóvenes amigas del corazón y vieja ya fue desairada por faón el marinero adolescente entonces safo se arrojó al mar".

También se habla de "la mujer vestida de colombina", que "tiene seis dedos como los bandoleros de la montaña y que tuvo amistad con miguela chaudon aunque no lo confesó jamás"; de "la mujer del corpiño de campesina bretona" que "estuvo más de diez años en presidio porque robó y enterró los fetos de raza no blanca propiedad del estado que se guardaban en el museo de reproducciones artísticas y que en la cárcel tuvo amores con una celadora vestida con un chaquetón y unos ajustados pantalones de cuero negro brillante que le comió los pechos y parte del vientre y con una alondra bearnesa o paduana tú no puedes precisarlo que le comió la nuca y la parte de la espalda hasta dejarle al aire las vértebras cervicales y los homóplatos". Esta mujer, que encontró en la cárcel su escuela de lesbianismo, no hace ascos a la experiencia y "recuerda con nostalgia sus años de reclusión". Y a la novia de 'tuprimo', que "no es fuerte", "no debe culpársele de que acceda a los requerimientos de la madre de tuprimo e incluso los provoque con sonrisas y gestos obscenos".

Niña Cecilia, joven personaje de *Historias de Venezuela*, era, según su tía Misia Ángeles Luz, "un modelo de virtudes". Claro que -advierte el narrador- "las señoras de cierta edad no se dan cuenta de ciertas cosas". A niña Cecilia "le gustaba bañar a las criadas, fregoteándolas la espalda con jabón de olor... y ayudar a vestir novias, sujetándoles el pliegue del corpiño con alfileres mimosos".

Rosicler y la señorita Ramona, en *Mazurca para dos muertos*, “cuando no las ve nadie bailan juntas y se acarician con delicadeza y mucho mimo”.

Tono altamente erótico, podría calificarse de pornográfico, el que en *El asesinato del perdedor* tiene la descripción que se hace de esta relación entre lesbianas: “agazapadas tras las troneras de la torre del castillo, se cogen el tierno sexo con las manos y aprietan fuerte mientras se muerden el borde de la falda. Es delatora la forma del higo, la consistencia del higo, es delator el sabor del higo, el acre aroma del higo del sexo, tierno como las infidelidades de la hembra del ruiseñor, de las insaciables niñas agazapadas tras las piernas ilustres, allí nacen las aplicadas lesbianas como el dulcísimo musgo de la fuente, las esbeltas y dulcísimas lesbianas que componen versos de amor llenos de ira y de desesperanza”. O estas otras, de *Oficio de tinieblas 5*, alguna de ellas con ciertos visos sadomasoquistas: “las felices amigas de otto kopp se revuelcan desnudas y con las botas de montar calzadas sobre los baúles del vestuario delante de los espejos del vestuario mientras se dan recíprocos y restallantes latigazos en las nalgas y besan en la boca a la derribada golfa sudorosa y poco resistente [...] desaparecen entre los baúles y detrás de los espejos del vestuario en el que sus compañeras se flagelan atisbando la primer derrota”; “sherezade gruñe de amor a solas y se deja besar y acariciar la boca los senos la vulva cum digito cum lingua por las solícitas esclavas”; “la meretriz pascuala se duerme en el cunnilingus con su colega madame jules ichneumon”.

3.3. Condicionamiento social

En lo que a homosexualidad entre varones se refiere, no hemos registrado en nuestro análisis situación alguna en que ésta sea objeto de elogio, ni tan siquiera de mínima comprensión. Sí encontramos, por el contrario, muestras de claro menosprecio, cuando no de manifiesto desprecio. Y en ocasiones, como veremos, de injustificables vejaciones y maltratos.

Matilda, la madre de Wendell Espana, protagonista narrador en *Cristo versus Arizona*, tuvo tres hermanos, los tres homosexuales, Don, Ted y Bob, y “a los tres se les llamaba por un apodo: ‘Jessie’, ‘Nancy’ y ‘Pansy’; para no mancharse la boca diciendo una palabra soez”. “A mi madre -dice Wendell L. Espana- no le hubiera gustado saber que tenía un hijo culebro”.

En *Madera de boj* leemos: “el amor del hombre por el hombre y el de la mujer por otra mujer, estos usos de espaldas a la naturaleza, tiene muy torcidos excomulgos”. “La cadena sin fin de abdicaciones –leemos en *El asesinato del perdedor*– tiene una órbita conocida: primero se dio la razón a los hijos, a los maricones y a los terroristas, por este orden”. Y en la misma obra se acusa a los maricones de ser “muy duchos en mandar a

los sobrinos al suicidio y hacer quebrar editoriales". Raro que no se les responsabilice del diluvio universal.

Al peón Botuldio Perpetuo Socorro, de *Cristo versus Arizona*, "lo mataron a machetazos". Y se añade: "las mujeres y los maricones dan siempre machetazos de más". Margarito Benavides "encerró a tres maricones en un corral y los tuvo una noche entera obligándoles a bailar a latigazos". En este caso sí se añade un comentario que, aunque quiere parecer censura, trasluce cómplice connivencia: "su acción fue en general censurada y muy pocos le encontraron disculpa, ya se sabe lo entretenido que es hacer bailar maricones a latigazos pero a pesar de todo es algo que debe evitarse entre personas civilizadas". En dos ocasiones más se vuelve sobre el tema en muy parecidos términos y en ambos casos con velada aprobación: "A Margarito Benavides le gusta hacer bailar maricones a latigazos, a veces los tiene una noche entera pegando brincos, no lo hace a mala idea pero aun así casi todo el mundo está de acuerdo en que es algo que no ha de hacerse todos los días, algo que no es propio de personas civilizadas". "Margarito Benavides encerró a tres maricones en un corral y los purgó con jalapa, ¡qué risa daba verles bajándose los calzones mientras se escagarruciaban por la pierna abajo!, cada uno es dueño de hacer del culo de los demás un papalote y empinarlo con la reata que más convenga, eso es verdad pero a la acción de Margarito Benavides casi nadie le encontró disculpa, el ser humano tiene que entretenerse compréndalo usted, a mí me parece que es peor matar indios que purgar maricones". En la misma novela, el coronel dice al comerciante: "no seas lujurioso... a otros los bajé del caballo por menos y tú vas a pie porque te escuece el culo". Y del lego Timothy Melrose, de quien se asegura que "se pasó por la piedra a cinco deficientes del hospicio sin comedimiento ni mayor recato", se concluye que "hubiera merecido que le sancochasen el culo en un caldero de agua hirviendo con sal. Cada vez hay más taralailas –se añade– que ahogaron la vergüenza". No era homosexual Mateo, personaje de *El asesinato del perdedor*, pero un grupo de indeseables homófobos le trató con la mayor crueldad. "Se lo llevaron los guardias a la cárcel..., le dieron por culo lo menos veinte veces, le rompieron el culo y se lo llenaron de leche, después se lo untaron de mierda [...] Mateo pensó suicidarse pero le faltó valor". Dura condena la que se hace del homosexual, a quien, junto a otros individuos cuya conducta se reprueba, se niega cualquier redención: "los maricones, los rojos y los calumniadores deben irse al infierno a purgar sus pecados y no debe permitirse que sean socorridos con el sacramento de la penitencia ni ningún otro auxilio de última hora, no sería justo". "Quien mal anda, mal acaba", se sentencia en *La Colmena*, a propósito del hijo de doña Margot, "que era mariquita y andaba en muy malas compañías".

Como ya dijimos, la sensibilización y el rechazo social fueron bastante menores, en el contexto analizado, ante el hecho del lesbianismo que ante la homosexualidad masculina, en parte por resultar menos manifiesto y, fundamentalmente, por la agresión

que esta supuesta debilidad, considerada por muchos como degeneración, suponía contra el prurito machista del colectivo masculino.

No encontramos en nuestro análisis manifestación expresa de repulsa personal o social contra la mujer homosexual. Por el contrario, en esta cita de *La Colmena* con que finalizamos nuestra exposición, el narrador –léase el propio autor, don Camilo José Cela– sale al paso de la abierta censura que la Uruguaya hace de las lesbianas, y reconoce, a favor de estas, su especial sensibilidad: “La Uruguaya –reconocida como prostituta– tiene una lengua como una víbora y la maledicencia le da por rachas. Una temporada le da por hablar mal de los maricas, otra por meterse con sus compañeras... Ahora con las que la tiene emprendida es con las lesbianas, las tiernas, las amorosas putas del espíritu, dulces, entristecidas, soñadoras y silenciosas como varas de nardo”.



Camilo José Cela en Vigo. 1923-24

BIBLIOGRAFÍA

CELA, CAMILO JOSÉ (1975). *Vísperas, festividad y octava de San Camilo del año 1936 en Madrid*, 13ª edición, Barcelona, Noguer

- (1976). *Nuevas andanzas y desventuras de Lazarillo de Tormes*, 11ª edición, Barcelona, Noguer
- (1973). *Oficio de tinieblas 5*, Barcelona, Arcos Vergara
- (1983). *Mazurca para dos muertos*, 6ª edición, Barcelona, Seix Barral
- (1988). *Cristo versus Arizona*, Barcelona, Seix Barral
- (1992). 'El muermo rosa', en *El camaleón soltero*, Grupo Libro 88
- (1994). *La cruz de San Andrés*, Barcelona, Planeta
- (1994). *El asesinato del perdedor*, Barcelona, Seix Barral
- (1996). 'Denuncia de una necedad', en *El color de la mañana*, Madrid, Espasa Calpe
- (1996). *Historias de Venezuela. La catira*, 4ª edición, Barcelona, Noguer
- (2000). *La colmena*, col. Austral, 3ª edición, Madrid, Espasa Calpe
- (2000). *Madera de boj*, 2ª edición, Barcelona, Planeta d'Agostini
- (2011). 'Una neumonía peculiar', en *El juego de los tres madroños*, Barcelona, Destino

CUETO, JUAN Y ABAD CONTRERAS, PEDRO (1995). 'Encuentro con Camilo José Cela', en Alonso Zamora y Juan Cueto, *Retrato de Camilo José Cela*, Barcelona, Círculo de lectores

GARCÍA MARQUINA, FRANCISCO (2005). *Retrato de Camilo José Cela*, Colorado (USA), Society of Spanish and American Studies